



SANAR HERIDAS Y RESTAURAR SENDEROS
Una lectura espiritual sobre el tema de los abusos

Mons. Raúl Biord Castillo¹

“Así dice el Señor Dios: ‘Cuando destierres de ti los abusos, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando compartas con las víctimas, las escuches y acompañes su dolor, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía... Serás un huerto bien regado, un manantial de aguas que no engañan. Tu gente reconstruirá las ruinas antiguas, volverás a levantar los cimientos de otros tiempos; te llamarán “reparador de brechas”, “restaurador de senderos”, para hacer habitable el país. Si no traficas en mi día santo, y llamas al sábado “mi delicia” y lo consagras a la gloria del Señor; si lo honras, evitando viajes, absteniéndote de buscar intereses viles y oscuros, entonces encontrarás tu delicia en el Señor» (Is 58,9b-14).

El papa Francisco nos recuerda: “Nuestro Señor Jesucristo nos llama a todos los fieles a ser un ejemplo luminoso de virtud, integridad y santidad. De hecho, todos estamos llamados a dar testimonio concreto de la fe en Cristo en nuestra vida y, de modo particular, en nuestra relación con el prójimo”². Sin embargo, los delitos de abuso sexual ofenden a Dios, causan daños físicos, psicológicos y espirituales a las víctimas, y perjudican a la comunidad de los fieles.

El profeta Isaías hace una grave advertencia al pueblo que estaba en el destierro. Nosotros podríamos parafrasearla de la siguiente manera: “Así dice el Señor Dios: ‘Cuando destierres de ti los abusos, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando compartas con las víctimas, las escuches y acompañes su dolor, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía’”.

Todos nosotros tenemos una historia personal, en la que de alguna manera hemos podido sufrir abusos de parte de otras personas en situación de superioridad: de conciencia, de poder, de autoridad, afectivos, sexuales, laborales.

Pero también todos nosotros, consciente o inconscientemente, hemos podido ser abusadores en estos mismos tiempos. La cadena de poder nos puede llevar a abusar. Lo vemos todos los días en nuestro empobrecido y humillado país: quien lleva un arma o un uniforme abusa sistemáticamente, quien se cree investido de poder militar y civil hace de la misma forma. Hasta nosotros podemos tener la tentación de “chapear” (hacer valer sobre los demás nuestra superioridad, cargo o condición), de ir por los caminos cortos, sin respetar a los demás ni los procedimientos ordinarios.

¹ El día 29 de febrero de 2020 como conclusión del seminario nacional “La Iglesia: un lugar seguro”, sobre la creación de ambientes seguros y la prevención de abusos de menores en Venezuela, celebramos una sentida eucaristía. Era el sábado después de ceniza, justo al inicio de la cuaresma. Las lecturas de la Palabra de Dios de la feria litúrgica eran las siguientes: *Isaías 58, 9b14* (Cuando partas tu pan con el hambriento... Brillará tu luz en las tinieblas); el *Salmo 85* (Enseñame Señor tu camino para que siga tu verdad) y el evangelio de *Lucas 5,27-32* (No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que se conviertan). Aquí se recoge la homilía pronunciada por Mons. Raúl Biord.

² Motu proprio, *Vos estis lux mundi*.



Diócesis de La Guaira

Además, todos nosotros sabemos, como dice el evangelio de Lucas, que Jesús no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores que necesitan conversión. En otro pasaje, el maestro nos recuerda: “El que esté sin pecado que tire la primera piedra” (*Jn 8,7*). Cada uno de nosotros es consciente de su propia fragilidad: “llevamos el tesoro de la gracia en vasijas de barro” (*2Cor 4,7*).

Jesús llama a Leví, que era publicano, pecador público, y lo asocia al grupo de los apóstoles. Cada uno de nosotros está llamado a un continuo camino de sanación del propio pecado, de maduración de la propia afectividad en todas sus dimensiones, incluyendo la sexualidad desde donde somos varones o mujeres.

Jesús llama a los pecadores y pide su conversión. No se avergüenza de juntarse, de comer y beber con publicanos y prostitutas. Como Iglesia y como personas, estamos llamados a reconocer el propio pecado, a sanar sus heridas, ese foco de infección que queda aún después de la absolución sacramental, y a iniciar un camino penitencial de reconstrucción de la personalidad, de sanación interior, reparación de la comunión rota y de renovación de la gracia bautismal (y, para algunos de nosotros, de la gracia de la ordenación).

El profeta Isaías habla de un gesto amenazador. Amenaza quien se cree fuerte, aunque en realidad es tremendamente débil. Habría que preguntarnos, ¿cuáles son los gestos amenazadores, de chantaje, de coacción o de coerción que nosotros practicamos hacia hermanos, trabajadores y subalternos?

Se habla de la maledicencia, que es la acción o hábito de maldecir, de denigrar, de criticar, en una palabra: de destruir. Los cristianos estamos llamados por el contrario a bendecir y a decir el bien. La maledicencia se convierte en acciones malas, pecaminosas y en ocasiones delictuosas. Nos convertimos en “malhechores” en lugar de ser los “bienhechores”, como Jesús que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el mal (cf. *Hch 10,38*). Es una fuerte experiencia escuchar la experiencia de una víctima. ¡Qué testimonio de fe profunda en medio del dolor y del sufrimiento!

Quienes hemos tenido la oportunidad (y, diría, la gracia) de escuchar el llanto y el dolor de personas destruidas por los abusos, vivimos la experiencia de llorar con el que llora (*Rm 1,15*), de sufrir con el que sufre. Sentir la impotencia, la de Jesús en la Cruz, y la vergüenza (cf. *Heb 12,2*). Obispos, sacerdotes, religiosos y agentes de pastoral, consagrados a hacer el bien, hemos destruido vidas inocentes, matándolas en vida, porque la complicidad y el encubrimiento como conducta habitual matan por segunda vez a la víctima, al igual que la frialdad de muchos de nuestros tribunales eclesiales, curias y casas provinciales. La víctima necesita ser escuchada porque lo que no se relata no se sana. Ninguna acción podrá reparar el daño, pero el compartir y “sufrir-con” ayuda al proceso de sanación.

“Solo así brillará la luz en las tinieblas y la oscuridad se volverá mediodía” (*Is 58,10*), continúa el profeta. Por paradójico que parezca, la luz solo se percibe en la oscuridad. Por eso, reconocer con humildad las estructuras de pecado y de complicidad nos puede ayudar a que la luz, en medio de esta noche eclesial, brille con el resplandor propio que viene de Jesucristo, “sol que nace de lo alto para iluminar a los que están en tiniebla” (*Lc 1,79*).

El profeta continúa “Si no traficas en mi día santo...” (*Is 58,13*). Los abusos son un tráfico de conciencias y de cuerpos: tráfico de personas que quedan esclavizadas en mercancías de templos y de cuerpos. Los abusadores son mercaderes de conciencias y de cuerpos. Compran a las víctimas para reducirlas a su carne, a ser objetos, encerradas y presas de sí, avergonzadas en



sus vergüenzas. ¡Qué triste sería si nosotros nos quedáramos inertes ante toda trata y tráfico de personas!

El profeta pide también “abstenerse de buscar intereses viles y oscuros” (Is 58,13). La oscuridad es signo de una zona profunda y difusa, un área invisible y escondida de pulsiones y manipulaciones, de un negocio sucio y encubierto... Ya Jesús advertía: “los hijos de las tinieblas son más astutos” (Lc 16,8). Pero esto nos debe llevar, a los hijos de la luz, a que cada uno luche contra los intereses viles y oscuros que el maligno infecta como un veneno mortal.

Pedimos a Dios que podamos purificar todas nuestras intenciones apostólicas y permanecer en el amor y en la verdad, teniendo en cuenta la santidad de tantos hombres y mujeres que han dedicado y dedican sus vidas con total transparencia a hacer el bien, cuidando y protegiendo la vida de los menores y personas vulnerables. “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe” (Hb 12,2).

Isaías anuncia el regreso del destierro con el símbolo sugestivo de reconstruir las casas y reedificar ruinas. Las bellas metáforas de la novela venezolana *Casas muertas* las podemos interpretar como expresión de la destrucción de la personalidad del abusado, de una ciudad que se queda vacía, triste, muerta. La llamada del profeta es: “reconstruirás viejas ruinas, levantarás sobre cimientos de antaño; te llamarán reparador de brechas, restaurador de casas en ruinas” (cf. Is 58,12). La historia de la salvación es sanación de las heridas y redención del pecado. La discusión teológica sobre los motivos de la encarnación, ¿por qué Dios se hizo hombre? (San Anselmo), nos habla junto al compartir de la filiación divina, de la salvación del pecado cometido por el hombre. Redimir del pecado, es reconstruir ruinas, resucitar una vida asesinada por el pecado vil del abusador.

La fe cristiana en sus inicios se presentaba radicalmente como una salvación de una situación que mataba, de un pecado que destruía la vida de gracia. Hace falta reactivar la función curativa de la fe: Jesús curaba a los enfermos y a los que estaban bajo el dominio del mal, y uno de los signos de la curación es la integración a la comunidad, a la propia familia, a la normalidad y a la alegría de la vida.

El papa Francisco nos recuerda que “para que estos casos, en todas sus formas, no ocurran más, se necesita una continua y profunda conversión de los corazones, acompañada de acciones concretas y eficaces que involucren a todos en la Iglesia, de modo que la santidad personal y el compromiso moral contribuyan a promover la plena credibilidad del anuncio evangélico y la eficacia de la misión de la Iglesia [...] Debemos seguir aprendiendo de las amargas lecciones del pasado, para mirar hacia el futuro con esperanza”³. Esto solo será posible con la gracia del Espíritu Santo derramado en los corazones.

Pedimos la fuerza del Espíritu Santo en esta tarea de conversión personal y comunitaria. Tolerancia cero con el abuso, promoción del buen trato, reparación de la justicia, cuidado preventivo de las personas, acompañamiento hacia la maduración personal.

³ *Ibidem*.